



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

Hors-série | 2022
El acontecimiento Chejfec

Museo Chejfec

Álvaro Fernández Bravo



Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/lirico/12968>

DOI: 10.4000/lirico.12968

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Álvaro Fernández Bravo, «Museo Chejfec», *Cuadernos LIRICO* [En línea], Hors-série | 2022, Publicado el 24 septiembre 2022, consultado el 01 octubre 2022. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/12968> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.12968>

Este documento fue generado automáticamente el 1 octubre 2022.



Creative Commons - Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional - CC BY-NC-ND 4.0
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Museo Chejfec

Álvaro Fernández Bravo

- 1 Quiero comenzar mi contribución sobre Sergio Chejfec citando el fragmento que leí en la ceremonia realizada cuando trajeron sus restos a la ciudad donde él nació, vivió, sobre la que escribió y donde ahora descansa.
- 2 In memoriam, Sergio Chejfec, Cementerio Británico de Buenos Aires, 11 de junio de 2022
- 3 Voy a leer una parte del último WhatsApp que me mandó el polaco, el 5 de marzo pasado. Dice así:
 - Hola Álvaro, perdoná la demora en responder.
 - Me alegra que el texto haya dado cuerda para tus comentarios.
 - En efecto, el susodicho es un personaje con varias caras.
- 4 Hablábamos de Darío Canton, el personaje su último libro, *No hablen de mí. Una vida y su museo*, que Sergio me había regalado luego de una tarde de diciembre durante su última visita a la ciudad, caminando por Colegiales con la Pancha bajo la sombra de los árboles. Como siempre con Sergio, íbamos conversando animadamente mientras buscábamos un bar que debía estar por acá, pero que quizás cerró con la pandemia, ¿o era en la otra cuadra?
- 5 Hablábamos por turnos, cada uno con un párrafo de mediana extensión mientras nos escuchábamos mutuamente y Sergio o la Pancha respondían o intercalaban algún comentario. La caminata transcurría a través del aire caliente de diciembre, pero no nos calcinábamos, como a veces ocurre en los veranos porteños. Generalmente la conversación giraba en torno a libros, amigos en común, ciudades o vidas vividas, escritas, habladas, situadas en teatros urbanos de locaciones diversas o incluso antagónicas, pero siempre dotadas de una riqueza de matices específica. Vidas y museos. Cambios y continuidades en la vida social de las cosas. Encontramos finalmente el bar, en una esquina desde donde se veía un puente que cruza las vías del tren y unos depósitos ferroviarios oxidados que le gustaban a Sergio, pero creo que las fotos las tomó Graciela. Tomamos una cerveza o un té helado, aunque generalmente no venden té helado en Buenos Aires, da igual, la cosa es que tomamos eso.

- 6 Porque quizás ese encuentro ocurría en Nueva York o en Berlín, caminando por el West Side para comprar algo o buscando un café donde hacen el mejor café de la zona o un lugar para contemplar Berlín desde una colina y un local donde tienen unas tortas exquisitas, de las que probé solo un bocado. Caminábamos a velocidad media a través del paisaje urbano y nos deteníamos para profundizar en algún concepto o identificar una referencia volátil mientras contemplábamos un edificio o alguna casa de Colegiales, o un pasillo de sucesivos patios poblados de plantas en el aire fresco de una Berlín húmeda y soleada. En realidad, caminábamos por Villa Crespo, cerca de la avenida Juan B. Justo, hablando de libros y no hacía tanto calor, era más bien temperatura otoñal y Sergio quería llevarnos, a Florencia y a mí, a una librería buenísima que por supuesto nosotros no conocíamos, aunque vivíamos a unas pocas cuadras. Creo que hablábamos de teatro, de una obra de teatro que los tres habíamos visto y nos había dejado pensando e intercambiábamos pacientemente opiniones sobre la obra. La ciudad tenía una presencia activa, como si los árboles y los edificios acompañaran la conversación.
- 7 Aunque en rigor, la conversación ocurría mientras serruchábamos por la mitad las mejores baggels del Upper West Side, que el polaco había bajado a comprar para comer el *brunch* al que me habían invitado, un día en que las calles de Manhattan estaban sepultadas nieve y había una alerta de *blizzard*. Observábamos la tormenta por la ventana mientras seguíamos conversando y hacíamos breves observaciones atentas y precisas a las palabras del otro. Sergio escuchaba reflexivo, hacía una acotación y la dejaba picando. Nos quedábamos un rato en silencio, masticando las palabras y luego retomábamos la conversación para rectificar algún punto impreciso o indefinido, y continuar profundizando en el problema que intentábamos desarmar.
- 8 La conversación no se interrumpe.
Como con Tamara y la China,
voy a seguir conversando con Sergio
presentándole puntos de vista
que él escuchará atento,
ante los cuales responderá
con una observación alejada del lugar común.
Me quedaré pensando
algunos días después,
en algo que el polaco observó
y que yo, hasta entonces
no había advertido.
- 9 Hasta aquí el texto que leí en el Cementerio Británico de Buenos Aires, contiguo al cementerio alemán en la Chacarita, una tarde soleada de invierno ante una nutrida audiencia de amigos de Sergio, enfundados en abrigos oscuros, sombreros y bufandas, luego de escuchar un fragmento de *Mis dos mundos*, leído por Graciela Montaldo junto al epitafio donde descansan las cenizas del polaco. Ese cementerio dijo la Pancha, es un lugar apropiado para Sergio porque allí se encuentran los restos de Charlie Feiling y Tamara Kamenzain, dos queridos amigos a quienes también conocí (fui amigo de Tamara). También, añadió, porque justo detrás del paredón que rodea el cementerio, contiguo al sector donde se encuentra el epitafio, pasa una bicisenda, como las llamamos en Buenos Aires, que al polaco le hubiera gustado transitar dada su conocida afición por las bicicletas.



Cementerio Británico, Buenos Aires, 11 de junio de 2022. Foto de Andrés Di Tella

- 10 Cuando le envié mis comentarios sobre su último libro a Sergio le dije que algo que me gustaba de su literatura, que leo desde sus comienzos, cuando trabajábamos juntos en la revista *Babel*, es el matiz material y detenido, cansino, minucioso, que repara en accidentes del paisaje y en el espesor de las cosas, deteniéndose en detalles aparentemente irrelevantes pero sin embargo dotados de una importancia innegable que sus textos consiguen recuperar. Museos y vidas. Así, por ejemplo, en *No hablen de mí. Una vida y su museo*, que debo ahora citar de memoria porque no logro encontrar el pequeño volumen que él me regaló en el desorden sempiterno de mi biblioteca, proliferan pormenores mínimos, irrisorios casi, que contribuyen sin embargo, a componer un retrato de alguien como Darío Canton, un sujeto a todas luces estrafalario, autor de un libro de poemas titulado *La mesa*, editado por primera vez en 1979.
- 11 El poema de Cantón ya aparece citado en uno de los primeros libros de Sergio, *El aire*, una novela que narra, en una temporalidad difusa y vagamente futura, la separación del ingeniero Barroso y Benavente, que abandona a su pareja y se marcha al Uruguay, desde donde le envía escuetas esquelas exhortando a su compañero a que no la siga. *El aire* transcurre en una ciudad que ha sido afectada por una catástrofe imprecisa, acaso otra tempestad económica como las que azotan periódicamente a la Argentina. Ese fenómeno altera el modo de vida de sus habitantes: el dinero ha sido reemplazado por vidrio y muy pocos parecen trabajar. Los envases y botellas vacíos adquieren un valor inesperado y se usan para comerciar en lugar de la moneda. El vidrio es dinero, anuncian los diarios y así ocurre.
- 12 El ritmo de la novela es lento y su narrador protagonista, algo perplejo por su repentina soledad, contempla el paisaje urbano con extrañamiento. Dice sobre la mesa de su departamento:
- Veía la mesa: el diario desplegado, los platos sucios, las migas esparcidas y los cubiertos manchando el papel, y todo aquello le pareció el paisaje de un presente

eterno: sin exhibir un deterioro referido a lo antiguo, sin representar un transcurso que hablara del presente actual, sino más bien como algo gravitando en el medio del ambiente, anacrónico antes que remoto, exterior y exiliado en el tiempo. Era la misma impresión que sintiera el día de ayer frente al descampado aledaño al área de conventillos (84).

- 13 El museo doméstico donde Barroso se atrinchera y contempla la ciudad y el tiempo suspendido, como el mundo de Darío Canton, y como la poesía de Joaquín Giannuzzi, que el polaco analiza en uno de sus libros que más me gusta, es materia de contemplación. Las cosas adquieren un espesor que revela su condición de objetos atravesados por la vida: “el paisaje de un presente eterno” como el que recorre la poesía de Joaquín Giannuzzi, “el poeta estándar”.
- 14 Además de poeta, Chejfec tiene una obra ensayística que en rigor se derrama sobre el conjunto de una escritura atravesada por un ritmo lento, en la genealogía de Juan José Saer como resulta más o menos evidente, pero con un rasgo que la diferencia: su interés por figuras menores, o aspectos menos conocidos de artistas, como los escritos de Luis Felipe Noé que una vez, mientras caminábamos por alguna ciudad, me contó que leía y analizaba con curiosidad crítica y espíritu hermenéutico. “¿Yuyo Noé escribió mucho?” –le pregunté sorprendido por su búsqueda, interés y conocimiento de libros poco transitados para quienes todavía vivíamos en Buenos Aires–. Me respondió que sí, que tenía una obra crítica y autobiográfica considerable y que estaba estudiándola con interés. Como la poesía de Giannuzzi, la prosa de Chejfec (y aun la poesía, ya que *Gallos y huesos* comparte con la voz de Giannuzzi, una mirada empecinada sobre lo vulgar –un “intimista vulgar, aunque no un vulgar intimista”, observa Chejfec (2010: 10) –: los huesos del pollo devorados y desprovistos de carne, acumulándose brillosos en la pileta de la cocina, como se acumulan los platos sin lavar en el departamento del ingeniero Barroso en *El aire*), la prosa de Chejfec decía, ofrece naturalezas muertas, conjuntos de cosas acumuladas que merecen y convocan lectura, reflexión, comentario. Tal vez esa sea otra manera de continuar conversando con el polaco, alguien poseedor de un don peculiar. Conversador y observador meticuloso y atento, capaz de descubrir en las cosas aspectos invisibles y reveladores a la vez, como su literatura, que acompaña una voz atenta, interesada y conectada con el otro, cálida y discreta, envolvente como una vida y su museo.

BIBLIOGRAFÍA

Chejfec, Sergio, *El aire*, Buenos Aires, Alfaguara, 1992.

---, *Sobre Giannuzzi*, Buenos Aires, Bajolaluna, 2010.

AUTOR

ÁLVARO FERNÁNDEZ BRAVO

CONICET

aferbravo@gmail.com